

## PROLOGO DEL EDITOR.

No contento el editor del Quijote en miniatura, publicado en Paris en 1827, con haber dado en aquella primorosa joya tipográfica una muestra de su veneracion al ingenio de Cervantes, quiere ahora repetir su trabajo, como para dar una prueba de que su pasion y respeto á una produccion tan maravillosa no padecen alteracion ni menoscabo. En esta segunda edicion que presenta al público, casi no hay diferencia de la primera, ó á lo menos no hay inferior esmero, correccion y lujo: puesto que á las láminas que tenia la anterior se han agregado dos mas; la una, que representa el pasage de la Venta que alude á la discordia del campo de Agramante, tomada de la coleccion de Rivera; y la otra, que representa la procesion de la dolorida Belerma y sus doncellas que vió D. Quijote en la cueva de Montesinos, tomada de una edicion francesa de la misma obra. Van con todo mas espaciados los renglones para que sea mas cómoda de leer; y á fin de que no salga un volúmen demasiado grueso, principalmente en proporcion á su tamaño, está dividida la obra en dos tomos, de los cuales cada uno es una parte; division acertada, y hasta ahora pocas veces seguida. De lo que sí puede blasonar, es de haber puesto no menos cuidado que antes en la correccion del texto; trabajo ímprobo en verdad, y que lleva con gusto, no porque imagine que de él pueda resultarle gloria, sino porque, como todos los admiradores apasionados al Quijote, se recrea en sus afanes al considerar que van encaminados á dilatar y propagar el culto de su ídolo.

De este mismo afecto nace el que haya dedicado algunos ratos ociosos, y no pocos hurtados á otras tareas, á meditar en las perfecciones del Quijote, y á buscarles en cuanto es dable su origen, ya á la luz de la crítica examinando el mérito interno de la obra, ó ya á la luz de la erudicion buscando noticias por donde pueda á lo menos colegirse, si no positivamente averiguarse, cuál fue el intento de su autor al escribirla. Poco hay que descubrir ó que decir en ambos puntos, porque la fama inmortal del Quijote, asi entre los propios como entre los extraños, ha despertado la ambicion literaria de muchos críticos y eruditos, cuyos esfuerzos han aclarado puntos dudosos en la vida de Cervantes, y considerado sus producciones bajo mil diferentes aspectos; ó sea ensayándolas á la piedra de toque de la crítica filosófica y metafísica de nuestros dias, ó sea midiéndolas por las reglas de las doctrinas literarias mas comunmente seguidas; ora allegando datos con laboriosa prolijidad, ora formando hipótesis con teórico atrevimiento; ya siguiendo al escritor en su carrera y buscando allí la razon de sus invenciones, ó ya penetrando en el escrito y deduciendo de su examen, ó el intento con que fue compuesto, ó la naturaleza y valor del ingenio que le produjo.

Una cosa hay que ni Mayans, ni Pellicer, ni Navarrete, con toda su erudicion, ni Rios, ni Bouterweck, ni Sismondi, con su crítica, han alcanzado á descubrir, á saber: si, como corre por tradicion antigua, es el Quijote sátira de un sugeto determinado. Que lo era del Duque de Lerma, afirmaron algunos naturales y

extrangeros , á nuestro entender sin motivo suficiente. Mas válida anda y parece mas fundada la idea de que se propuso nuestro Cervantes, ridiculizar en un héroe imaginario las empresas mas atrevidas que discretas, y el humor caballeresco y maniáticamente guerreador del emperador Cárlos V. Mucho podria esclarecer y aun bastaria para ilustrar del todo este punto, el *Buscapie*, si pareciese; pero aunque los mas de los biógrafos de Cervantes creen que existió semejante obra, fundándose en la tradicion constante, y el testimonio de algunas personas que han asegurado haberla visto y leído, segun puede verse en los documentos n<sup>o</sup> 1 y 2 del Apéndice, lo cierto es que hasta ahora no se ha dado con un ejemplar de ella, ni dentro ni fuera de España, por mas diligencias que se han practicado. No deja de hacer fuerza contra que haya habido *Buscapie*, su desaparicion completa, ó su aparicion dudosa; ni por otra parte es verdad que el Ingenioso Hidalgo fue tan desatendido cuando se presentó en público; siendo notorio por el contrario, que desde el año 1605 hasta 1615, se hicieron ocho ediciones en los dominios de España; ediciones que segun cálculo de un juicioso y entendido crítico de nuestros dias, equivaldrian á cincuenta en la presente época; y testimonio por lo mismo, de que tuvo la obra un éxito muy superior á todas las de su tiempo, é igual al de la composicion mas afamada, ahora que tanto se lee y con tanta facilidad se imprime. Seria sin embargo, temeridad arrojarle á decidir por meras conjeturas una cuestion acerca de un hecho, y parece

por lo mismo, mas juicioso dejar que el tiempo aclare este punto de modo que no haya lugar á la duda.

Sin necesidad del Buscapie, pueden los que sustentan ser Cárlos V el modelo de D. Quijote, encontrar razones en apoyo de su creencia. De las inútiles y destructoras guerras que movió y siguió aquel célebre monarca da testimonio la historia, asi como del reto verdaderamente caballeresco que mandó al rey de Francia Francisco I<sup>o</sup>; y de su particular aficion á los torneos y festines remedando las empresas de los caballeros andantes de los tiempos pasados, hay no pocos recuerdos constantes. En la relacion del Viage del Príncipe D. Felipe, por Calvete de la Estrella, \* vemos cuán quijoteskas eran las fiestas dadas para divertir al Emperador y festejar á su hijo y heredero, y señaladamente en el torneo ó funcion de Bins leemos cosas que parecen imitadas por Cervantes: la súplica presentada por los caballeros presos por el supuesto encantador Norabroch, las aventuras de su fingido castillo y la aparicion de princesas doloridas acompañadas de enanos; siendo singular que esten allí hasta los nombres de caballeros Triste, Penado, de la Estrella, y del Leon, en los cuales, sin mucha violencia, pueden los aficionados á buscar etimologías y rastrear orígenes de imitaciones por semejanza de voces, encontrar modelos copiados en las aventuras de la Trifaldi, ó en los títulos de caballero de los Leones, de la Blanca Luna, ó de la Triste Figura.

\* Véase el n<sup>o</sup> 3 del Apéndice.

No habra mucho que en un periódico de esta capital salió un artículo pretendiendo probar que no fue original la idea de Cervantes, sino relato de la locura de un caballero andaluz, en una aventura muy parecida á las del Ingenioso Hidalgo. Citaba el escritor anónimo un periódico anglo-americano en apoyo de su aserto: pero habiéndose evacuado la cita en los Estados-Unidos, resultó ser falsa ó desnuda de bastante fundamento para merecer crédito alguno.

Los que no creen que se propuso nuestro gran ingenio ridiculizar persona determinada, suponen que intentó acabar con el espíritu caballeresco, y por ello amargamente le culpan, y con tanto mas encono, cuanto creen que lo consiguió en grave daño de su patria y del mundo todo. Sin que nos ciegue la pasión á Cervantes, ni empeñe en una terca defensa de cuanto hizo y pensó, puede demostrarse la injusticia de semejante censura; no menos injusta por ser muy general y consentida. Tanto distaba aquel grande escritor de querer desterrar el espíritu caballeresco, que en toda su obra da muestras de apreciarle y recomendarle en sumo grado. Lo que sí criticaba él, era los malos libros de caballerías, y bien claro dijo por boca del canónigo, que debian componerse otros exentos de los defectos de que adolecian los publicados hasta entonces. En la vida de Cervantes vemos si á él le animaba el espíritu generoso y atrevido propio de un caballero, y en los discursos de D. Quijote cuando no desbarra, en los cuales notamos que vertia el autor sus propias opiniones, campean los afectos nobles y altos pensa-

mientos constitutivos de la caballería. Porque es un caballero tan cabal, queremos tanto al buen hidalgo, y tomamos tal parte en sus trabajos y fortunas, aunque loco, cual rara vez tomamos en las de otro héroe imaginario, si bien pintado muy en su seso. Ni es cierto que con la publicación del Quijote acabó en España el espíritu de caballería. Posterior es á Cervantes, Calderon, en cuyos galanes reluce el pundonor delicado del castizo caballero moderno, y es de creer que Calderon retrató á los hombres de su tiempo; aunque como escritor de ingenio y fantasía, hermoseó lo que copiaba. Si decayó en España la caballería, fue porque decaía en todas partes al paso que se iban mudando las costumbres; porque la rápida decadencia de la grandeza de la monarquía causó decaimiento y prostracion en los ánimos españoles; pero lejos de haber decaido mas rápidamente que en otros países, se mantuvo con mayor tenacidad, y aun dejó tales rastros, que en tiempos muy recientes han admirado los observadores extrangeros, en las clases ínfimas de la Península, cierto pundonor, altivez y arrogancia, ciertas presunciones y vanidades no comunes en las clases respectivas de otros pueblos, y en su índole y formas ciertamente caballerescas.

Bien claro apuntó Cervantes cómo convenia tratar los argumentos caballerescos, y por cierto no ha sido su opinion del todo infructuosa, pues que en tiempos modernos ha renacido en los poetas y novelistas la aficion á las edades medias y á pintar sus costumbres, y de aqui los poemas y novelas de Sir Walter Scott y

otras producciones por el mismo estilo, si bien no de igual mérito; las cuales si él viera, forzosamente habria de confesar que se ajustaban en alguna manera con sus ideas de lo que debian ser los buenos libros de caballerías. Por donde es fuerza convenir en que hizo nuestro escritor un señalado servicio á la literatura moderna, indicando con sus consejos, y demostrando con su ejemplo, cómo era posible escribir obras de imaginacion en que se hermanase lo ideal con lo imitativo, lo natural con lo fantástico, lo verosímil con lo maravilloso, las veras con las burlas, lo serio con lo festivo, lo poético con lo vulgar, variando y mezclando los estilos y siguiendo asi la naturaleza, que en las cosas humanas todo lo apiña y revuelve sin adoptar clasificaciones exclusivas; propia invencion de críticos mas rutineros y dogmáticos, que filósofos y observadores.

De aqui nace el principal mérito de Cervantes, y de aqui la admiracion y respeto con que en todas las naciones cultas está recibido su Quijote. Antes de esta produccion habia escritas buenas obras en verso y en prosa, buenas epopeyas y tragedias, y comedias, y odas, y poemas cortos; buenas oraciones, y historias, y tratados filosóficos, y algunas medianas novelas, pero no una composicion tan varia, tan rica, tan nueva, tan al alcance de todos, y á un mismo tiempo tan acomodada para divertir á los entendimientos mas vulgares, y asombrar y deleitar á los críticos mas sutiles y discontentadizos. Por eso gusta el Quijote en todas lenguas, pues es error grave,

aunque comun, pensar que en una traduccion, por mala que sea, desaparecen sus perfecciones: que si asi fuese, no podria blasonar la obra de ser como es sin disputa de primera marca. Verdad es que muchos primores de estilo y todos los de diction tan sobresalientes en el Ingenioso Hidalgo, y todas las pinturas de costumbres locales, no pueden conservarse ni en la traduccion mas perfecta, ni ser bien entendidas por quien no conozca á España y su lengua, usos y costumbres. Pero las altas y raras invenciones y rica fantasía del autor, la novedad y naturalidad de sus caractéres, la viveza y sencillez de los diálogos, lo patético de algunas situaciones, y la hermosura de no pocas descripciones, todo queda bien expresado ó diriamos intacto en una traduccion extranjera bien ejecutada; al modo que en los grabados conocemos y admiramos la buena invencion, composicion, dibujo, claro oscuro, y aun hasta cierto punto descubrimos el colorido de la pintura que representan.

Para hacer esto palpable por ejemplos, la figura del Bachiller Sanson Carrasco, traslado el mas fiel y vivo posible del estudiante español, las del cura, y barbero, y ama, y sobrina, y las del ventero y Maritornes, aunque gusten á los extranjeros por lo que tienen de conformes á la naturaleza en general, gustan mucho mas á los Españoles, que conocen lo que tienen de parecido á las personas y costumbres de su patria; asi como en los retratos quien no ha visto á los originales, solo admira lo bien pintado, y quien los ha visto admira ademas la perfecta y animada seme-

janza. Pero D. Quijote y Sancho no son retratos; son conceptos originales en que reluce la fantasía de su creador, con formas y accidentes humanos; porque si no serian monstruos; entes que sin ser reales parece que lo han sido, y que viven en nuestra imaginacion como recuerdos de personas conocidas. Bien pueden otros escritores pintar caractéres como los primeros con igual acierto y maestría, pero á los segundos no puede tocar sino el maestro que los concibió y bosquejó, y les dió cuerpo y colores, ó si alguno los toca será solo para sacar de ellos copias con todas las imperfecciones de tales.

Crear semejantes entes es prerogativa de los mas altos ingenios. Enfrascándose en lo ideal dan muchos escritores en extravagancias: copiando la naturaleza sacan no pocos autores obras de gran mérito, grandísimo, mas nunca de aquellas que nos sorprenden, y conmueven, y deleitan en grado extraordinario, y quedan estampadas en nuestra imaginacion como modelos de géneros distintos.

Fuese cual haya sido la idea original de Cervantes al componer el Quijote, su talento y estro prodigioso fueron causa de que saliese su concepto tan nuevo, tan valiente y tan natural. Juzgarle por reglas que siguieron otros, es no entenderle. Asi Rios, cuando pretendió que era el Ingenioso Hidalgo una epopeya burlesca, no dijo mas que trivialidades; y aunque hombre de gusto fino y de conocimientos extensos, no menos que escritor elegante y puro, lizo en su análisis una obra solamente, y si acaso, mediana; imitacion del dis-

curso preliminar que el escocés Ramsay puso al Telémaco, ó de las críticas algo superiores en mérito que hizo el inglés Addison del Paraíso perdido de Milton, pero imitación al cabo, y por otra parte hecha con arreglo á doctrinas caprichosas, que juzgan las obras de ingenio mas por sus formas externas, que por el espíritu que las anima. Algo mas se acercó á desentrañar y mostrar el valor de la obra de Cervantes el ginebrino Sismondi, cuando dijo que en las aventuras y carácter de su héroe, quiso nuestro ingenio español pintar el espíritu poético luchando con el prosáico, ó sea la imaginación en las ideas delirantes de D. Quijote, luchando con la verdad en las realidades de los objetos que encontraba; pero esta doctrina tan alemana, no le ocurre á una cabeza del mediodía, y peca en cuanto supone las ideas de nuestro siglo, y de cierta escuela y nación, dominantes en hombres de otros pueblos, de otras máximas críticas, y de época en que no se adelgazaba tanto el discurso, ni se filosofaba hasta el punto y de la manera que hoy discurren ciertos críticos, demasiado filósofos, si es que en serlo hay demasía. Pero no cabe duda en que Cervantes Hermanó en el mas alto grado los dos méritos de imaginación osada y naturalidad perfecta, y los mezcló y contrastó con acierto y tino singularísimos, por cuyo medio sin un intento deliberado, como el que le supone Sismondi, vino á producir efectos, si no idénticos, parecidos á los que descubre en su obra este ilustrado extranjero.

Cabalmente por esto es la primera parte del Quijote

algo superior á la segunda. Verdad es que abunda esta última en perfecciones tales que con publicarla desmintió el autor su propia sentencia, de que nunca segundas partes fueron buenas : pero todavía es cierto que se quedó atrás de sí mismo. Menos faltas hay ciertamente en esta continuacion escrita con mayor correccion gramatical, sin episodios inconexos, ni contradicciones de poca monta : pero asimismo hay menos invencion, y menos frescura, nacido acaso de la precision en que se vió el escritor de seguir la obra de Avellaneda, para impugnarla, y manifestar la diferencia que existia entre el compositor original del Quijote, y el osado censor y continuador de su trabajo. Bien está que críticos como Rios, mas ricos en conocimientos de reglas que en fantasía y sensibilidad, prefieran menos lunares con menos primores, á perfecciones mas altas, un tanto oscurecidas por algunos descuidos : pero quien entendiere todo el precio del Quijote, conocerá que su valor en la primera parte es mucho mas subido. En ella es el protagonista ente activo ; en la segunda pasivo, en aquella lo crea casi todo ; en esta obra con arreglo á lo que le ponen á la vista ; en la primera hace con poco mucho, en la segunda emplea bien, buenos y copiosos materiales. Cuando cree los títeres de maese Pedro realidades, ó cuando juzga que el barco de pescadores se le aparece para llevarle á una aventura, aunque se acerca á las imaginaciones de sus primeros sucesos, todavía no llega á alcanzarlas : en los títeres ve representada la historia que se imagina verdadera ; en el barco equi-

voca el destino, mas no el instrumento. Pero en su primera y segunda salida, de los objetos mas comunes saca otros tan diferentes, y al mismo tiempo tan adecuados, que descubren fantasía mas creadora: de dos molinos de viento, dos gigantes; de una venta, un castillo; de una bacía, un yelmo; de una imágen en procesion, una señora á quien llevan cautiva. No es esto decir que hasta en las últimas páginas de la obra no haya cosas admirables, como por ejemplo lo patético y tierno de la conducta del buen caballero desde su vencimiento hasta su muerte; pintura exquisitamente delicada; en que por lo mismo no reparan los ojos de críticos vulgares. Pero sí es decir que en lo que constituye el principal valor de la obra, ni todo el ingenio de Cervantes pudo igualar la osadía de sus primeros vuelos. En el que lleva, nadie sin embargo puede seguirle sino á largo trecho, pues lo que le falta en invencion le sobra en otras preciosísimas dotes.

Admirando estas casi sin conocerlo, ha corrido la pluma mas allá del propósito que dictó estas breves observaciones. Mucho hay escrito sobre el Quijote, y parece temeridad que raya en desvario querer decir mas: pero quizá con la luz de una nueva crítica todavía se le irán divisando mas perfecciones, ó percibiéndosele mejor las ya conocidas. Para contribuir á ello se da este leve testimonio de afecto á Cervantes, que lo es tambien de nuestro aprecio y amor á una patria, de la cual es él uno de los mas gloriosos timbres, si no el principal ornamento.